

**DOMINGO I DE ADVIENTO (A)**  
**Homilía del P. Joan Carles Elvira, prior de Montserrat**  
**2 de diciembre de 2007**  
**Is 2, 1-5; Rm 13, 11-14a; Mt 24, 37-44**

¡Un nuevo Adviento, hermanos y hermanas! Un cambio de registro, por lo tanto, en nuestras celebraciones, que se vuelven más sobrias: un color litúrgico menos vivo -el morado-, un altar más desnudo, sin flores, un uso discreto del órgano ... Un clima así invita al recogimiento, a la atención del corazón, a la espera confiada. Un tiempo precioso en definitiva para detenernos, en medio de nuestros trasiegos cotidianos, y preguntarnos por el sentido de lo que hacemos y, aún más, de lo que somos. Todo muy en sintonía con el otoño, que nos habla del paso del tiempo y de la caducidad de las cosas finitas ...

Es en este clima de recogimiento donde la Palabra de Dios se nos revela como luz que ilumina nuestros pasos. Hoy, a través del apóstol Pablo, nos exhorta a ser conscientes de los momentos que vivimos (Rm 13, 11), es decir, a ser conscientes del lugar donde nos encontramos en el camino de la vida, para lo cual nos hace falta un poco de perspectiva. Para los creyentes, esta perspectiva, esta mirada amplia sobre la realidad del mundo, de la historia y de la propia existencia nos viene de la Biblia. Sí, los creyentes tendríamos que contemplar siempre la realidad a través de la Biblia, que es como una epopeya fascinante que narra el amor infinito de Dios a la humanidad (como una de aquéllas grandes novelas que al principio leer nos cuesta un poco pero que después, una vez hemos entrado, ya no las podemos dejar...). La Biblia nos transmite sobre todo un gran mensaje de esperanza. Nos habla de un ponernos en camino, de recorrer un itinerario que lleva a una plenitud inimaginable porque trasciende las fronteras del espacio y del tiempo pero que está presente ya desde ahora entre nosotros a través del misterio que se esconde detrás de las cosas creadas. ¿Quién no ha vivido momentos que por su intensidad nos hacen sentir una plenitud que no tendrá fin? La Biblia nos habla, pues, de un comienzo y de un término que no son otra cosa que Dios mismo, que nos llama a la existencia porque orientamos nuestras vidas desde Él y hacia Él. A través de Israel, su pueblo, Dios ha establecido así una Alianza eterna con toda la humanidad. Jesús se ha hecho compañero del nuestro peregrinar para revelarnos los extremos de esta fidelidad irrevocable de Dios, su Padre. Pero Jesús también nos ha recordado la parte de la Alianza que depende de nosotros, una parte que no se improvisa. Y éste es el mensaje central del evangelio de hoy. Tenemos que velar para que la hora de la verdad -la hora del advenimiento del Hijo del hombre- no nos coja desprevenidos, como a los contemporáneos de Noe, que, distraídos, *no se habían dado cuenta de nada cuando los sorprendió el diluvio ...* Con estas palabras Jesús no nos amenaza sino que apela a nuestra responsabilidad de personas libres. Con una perspectiva así, tan grande y tan noble, la vida en este mundo queda orientada. No es absurda sino que se revela, a pesar de las dificultades, como un peregrinaje de paz prometido a los pobres y a los humildes que lo esperan todo de Dios.

Una vez más, todo depende de la confianza. Dios sabe de antemano que estar a la altura de sus promesas sobrepasa totalmente las fuerzas humanas. Por eso sólo espera de nosotros la parte de camino (grande o pequeña) que está a nuestro alcance y Él hará el resto. Y es que no somos nosotros los que encontramos a Dios, es Él el que viene siempre a nuestro encuentro. Más todavía: Jesucristo se ha hecho aquel compañero de peregrinación que ya nunca nos abandonará ...

¡Muy buen Adviento, hermanos y hermanas!